



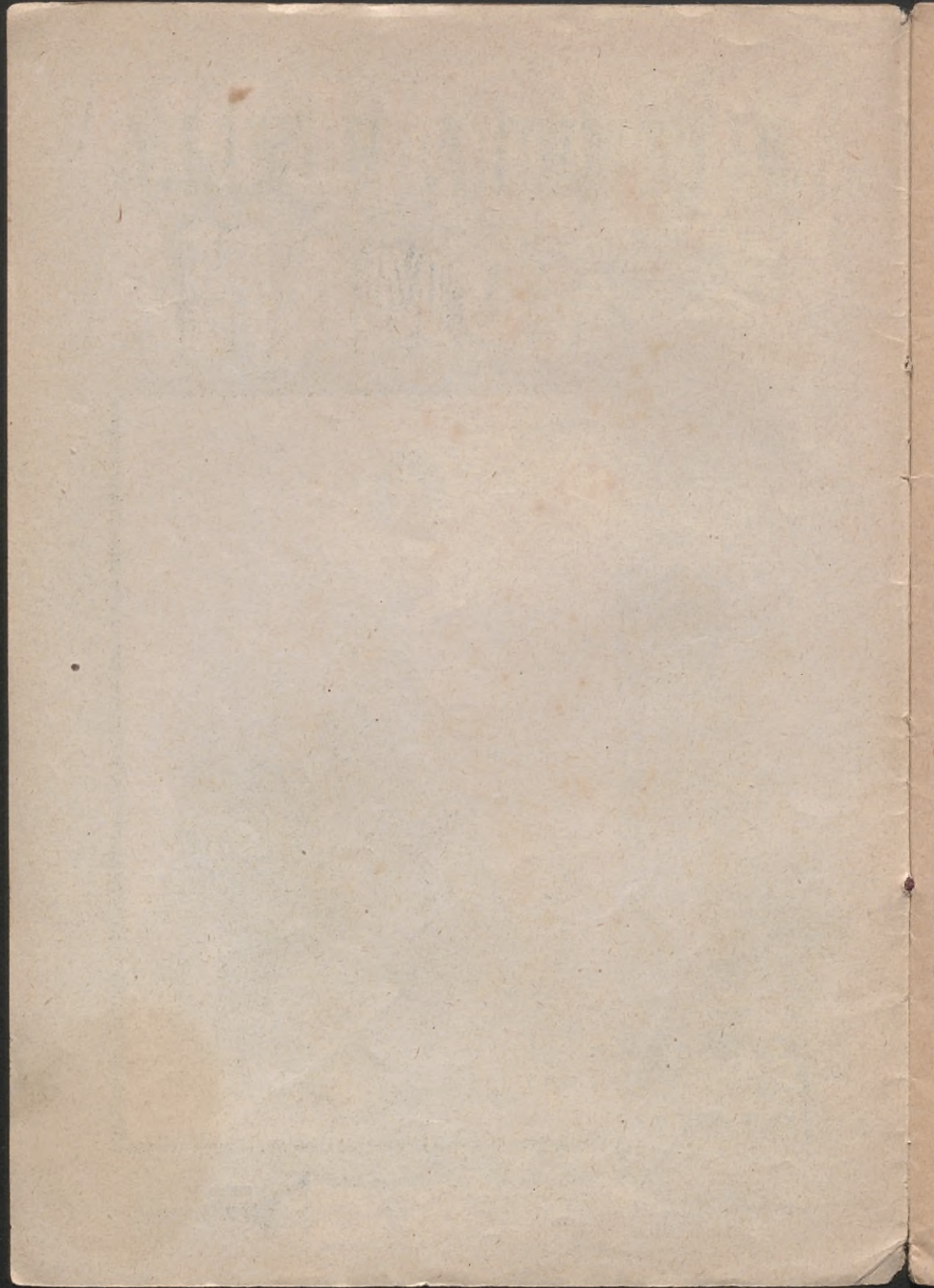
LA COMEDIA HUMANA

REVISTA SEMANAL

15
céntimos.



NÚM. 7



LA COMEDIA HUMANA

—*—*—*—
SUSCRIPCIÓN

Series de 10 núms.
1'25 ptas.

SEMANARIO ILUSTRADO

DIRECTOR

E. MARTÍN GALÍ

—*—*—*—
Redacción y Administración

San Pablo, 63-2

Año I | Domingo 31 Agosto 1892 | 12.

EN CONFIANZA



—Señorita, dispénsame V. si vengo equivocado...
—No señor, no; aquí no se equivoca nadie.

SINFONÍA

La cuestión Peral, absorbe los sesos á muchos españoles intransigentes.

Los unos, se empeñan en que Peral ha inventado algo.

Los otros, en que no tiene malicia la cosa y que no es más, que un simple juguete de niños mamones.

Así las cosas, los Peralistas y los anticontraperalistas se propinan sendos arañazos y estan que arden.

No hay casa de huéspedes, café ó círculo, en donde no se hable del submarino.

Los entendidos en materia, para probar la verdad del invento, razonan como Dios les da á entender y prueban como dos y dos son cinco, que aquello es verdad, que allí no hay trampa, que son las verdaderas rosquillas de la tía Javiera.

—Porque mire V.—me decía el otro día un contertulio de café— V. sabrá la teoría de los globos *celestes* que van por los aires? Pues bien, allí dentro vá humo de paja ó de cualquiera otra sustancia y entonces el *Mongolfiero* sube, pero cuando el humo se *adisipa* entonces baja. Lo mismo, lo mismo sucede en el submarino; se mete la tripulación, cierran ermeticamente la tapadera del barco, y este con el peso del señor Peral que lleva tantas comidas en el cuerpo, baja que baja hasta llegar al fondo del mar.

Cuando les parece que ya han bajado bastante, y esto lo indica un *monometro* convenientemente instalado, entonces se pone á fumar tabaco de la Arrendataria la tripulación, y el buque sube que sube, sube que sube, hasta salir á la superficie de las aguas.

Me parece que no cabe duda en el invento.

En fin, ha medida que pasa el tiempo la cosa se oscurece más y vá á tener un desenlace fatal.

El Dilucio ha tomado la iniciativa, y con ello vemos que es una persona de buen gusto y humanitaria, de que se les prohíba á los mendigos que vayan por esas calles de Dios, rompiéndonos los timpanos miserablemente con sus averiados instrumentos y cantos.

Los ciudadanos que tengan tan mal gusto, con gastarse unas cuantas perras grandes, pueden asistir á cualquiera de nuestros coliseos sin distinción de clases en el día de hoy, y allí encontrarán lo que apetecen, murgas de primera y cantantes estropeados que ponen el grito en el cielo.

De esta manera, po irá arreglarse la cosa para todos los gustos.

Es sensible que vaya uno por la calle, y de un trompetazo limpio nos manden á la casa de socorro.

Grande es el sentimiento que causa á los inquilinos el mudarse de casa, pero no tan grande para que obligue á los dueños de una litografía á poner el siguiente letrero:

LA LITOGRAFIA
SE TRASLADA EN LA CALLE
SAN RAMON NÚM. 5

Dicen malas lenguas que son directores de publicaciones literarias.

Dios que se los tome A cuenta.

Por fin nos van á urbanizar la plaza de Cataluña.

Como que tenemos de alcalde pápa, al elevadissssimo señor Coll y Pujol.

Este señor, tiene un teatrillo en la plaza del mismo nombre y deben estorbarle los demás barracones que en aquel lugar existen, como son, el Circo Ecuestre, el expanorama de Waterloo y demás tinglados.

Le sobra razon al hombre para urbanizar la plaza.

Después dirán que nuestros alcaldes, no sirven para nada y no miran por los intereses de..... Barcelona.

¡Ingratos!

Apuesto doble contra sencillo á que la urbanizan.

¡Vaya si nos la urbanizan! y tres más.

Quiera Dios, que al menos tengamos alcaldes á quienes les estorbe algo y que este algo sea urbanizable, porque sino, son capaces de desurbanizar lo urbanizado.

Y á propósito ¿por qué se han mandado suspender las obras que se hacían en el expanorama antes citado? ¿Por qué no se manda derribar el teatro Eldorado que no reúne ninguna, absolutamente ninguna, de las condiciones que deben tener los edificios destinados á espectáculos públicos?

Tiene la palabra el señor Coll y Pujol.

Está sordo y no oye.

EL EMPECINADO.

LAS TONTADAS DE FERMIN

Al bueno de don Severo
(Párroco de Albarracín)

Le robó el tonto Fermin
Un magnífico carnero.

Mucho el cura se enfadó
Al averiguar la hazaña,
Y quiso saber con maña
Quien fué el que se lo robó.

Sin que nadie sospechara
El móvil que pretendía,
Mandó á la filigresía
Que al punto se confesara.

Y como en aquel lugar
Respetaban al buen cura,
No quedó una criatura
Que no fuese á confesar.

A todos la absolución
Les dió el párroco ladino,
Pues no encontró ni un vecino
Que resultara ladrón.

Así es que no pudo al fin
Indagar quien le robó,
Porque á todos confesó
Menos al tonto Fermin.

Y á este, como era bobo,
No lo quiso confesar,
Pues no pudo imaginar
Que fuese el autor del robo

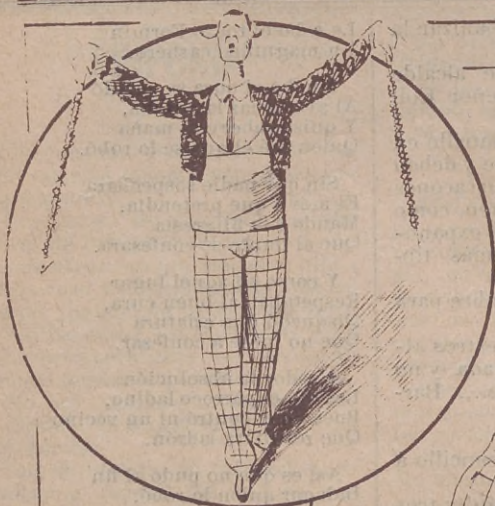
No obstante llamólo un día
Y el tonto fué diligente,
Y confesó lo siguiente
Al cura en la sacristía:

—Padre, para *escomenzar*,
¿Que es lo que tengo que hacer?
—Muy sencillo, responder
A lo que he de preguntar.

—Dime, hijo mío, á tu madre
Al respeto le has faltado?
—¿Y usted?—Yo nunca, menguado.
—Yo entonces tampoco, padre.

—¿Hiciste alguna locura
Con las mozas del lugar?
—¿Y usted?—Yo... no puedo hablar.
—Yo tampoco, señor cura.

—Vamos á ver, pon cuidado
Y contesta la verdad;
Dime con sinceridad
Si alguna cosa has robado.



TEÓRICA

Citando

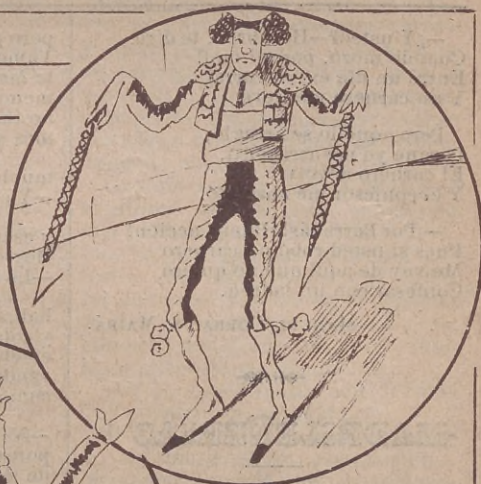


En la suerte

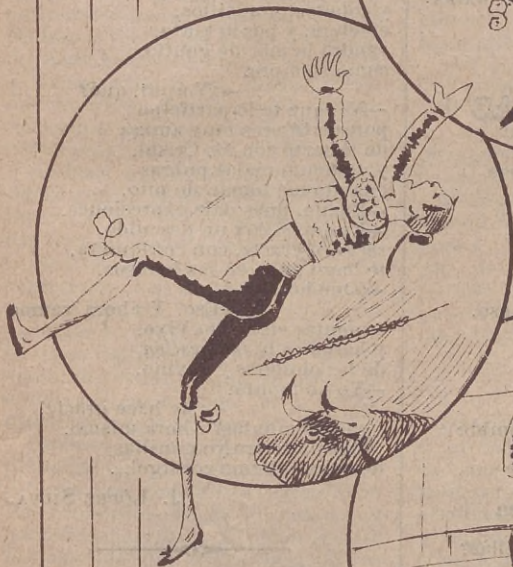


Después de la suerte

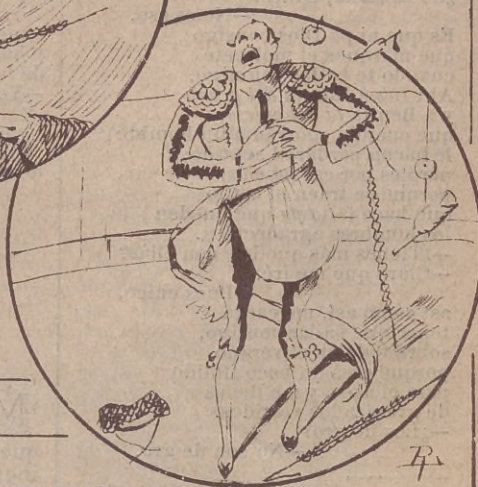
PRÁCTICA



Citando



En la suerte



Después de la suerte

77

—¿Y usted?—Hombre... te diré:
Cuando mozo, por mi mal!
Entré un día en un corral
Y un carnero me llevé.

Pero aquello se arregló,
Porque yo me arrepentí,
El carnero devolví
Y el confesor me absolvió.

—¡Por Barrabás! Buena acción!
Pues si usted robó un carnero
Me voy de aquí que no quiero
Confesar con un ladrón.

MANUEL CORRAL Y MAIRÁ.



MADRILEÑERÍAS (1)

—Vaya, *tiés* que convencerte
de que no bailas un pito,
y eso que presumes tanto.

—Claro, porque no te arrimo
la cara, como esas otras
señoras... de regadío;
¿no es *verdá*, Ginés?

—No es eso.

Es que ni *pa* Dios consigo
que marques el molinete
cuando te bailas conmigo.
Ahí *tiés* á Inés *la del grano*
y á Benita *la del chirlo*,
que cuando agarran á un hombre
le hacen perder el sentido;
pero es por eso *ná más*;
porque se traen el estilo
que hace falta *pa* que queden
los hombres agradecidos.

—¿Tienes más que irte con ellas?

—Claro que me iré.

—Pues chico,
así como así, me carga
tener que bailar contigo,
sobre todo en el verano,
porque eres un poco tímido
para el aseo, y me llenas
de grasaza los vestidos.

—¿Los de gro?

—No son de gro,

pero *pa* el caso es lo mismo.
Vamos, y si *tan siquiera*
te lavases los domingos,
menos mal; pero es que tú
no te humedeces el físico
más que cuando llueve.

—Oye,
mucho *cuidao* con el pico.

—Y es la *verdá*,

—Bueno, calla
y escucha lo que te digo:

Hoy es la función del barrio.

—Lo sé.

—Y con este motivo
habrá procesión, y fuegos,
y cohetes, y novillos,
etcétera, y por lo tanto,
vendrá la mar de gentío
como siempre.

—¿Y á mí, qué?

—*Ná*, que te lo participo
porque tú eres muy amiga
de timarte con *tóo* Cristo,
y yo tengo malas pulgas
cuando me toman de pito.

—Bueno, pues dale expresiones.

—Es que si *tiés* un descuido,
verbo en gracia, con cualquiera,
te hago pupa en los hocicos.

—¡Qué horror!

—Eso. Y ahora vamos
á montar en el Tío Vivo,
y haremos la *indigestión*
de las chuletas y el vino.

—Yo no monto.

—¡Me hace gracia!
¿Que no montas? Ahora mismo.

¡Pues no tengo yo ganillas
de columpiarme contigo!...

J. LÓPEZ SILVA.

EL LUCERO

I

—*Me* olvidarás?—dijo ella diri-
giéndole una mirada en la
que se leía toda una historia de
inextinguible amor.

—¡Nunca! ¡nunca!—contestó él

(1) Del libro Migajas.

con acento que no dejaba duda alguna acerca de la veracidad de su cariño.

Ambos suspiraron tristemente... ¡qué desgraciados eran!

Luis y María, que así se llamaban los dos amantes, habían nacido el uno para el otro. Eran tan iguales sus pensamientos y retratabanse éstos con tal perfección en las brillantes pupilas de los enamorados, que les bastaba mirarse para comprenderse. Dos miradas fueron suficientes para encender en sus pechos la llama del amor; otras dos miradas bastaban ahora para que se diesen cuenta del desconsuelo, del horrible desconsuelo en que los sumía una ausencia tan larga como próxima.

¡Pobres amantes! Once meses hacía que se adoraban y ni la más leve sombra había empañado en ese tiempo el cielo de su felicidad. Cuando la noticia de una próxima separación les despertó del dulce sueño en que yacían, pudieron apreciar lo venturoso del pasado y lo triste del porvenir. ¡Ley misteriosa, ley cruel la que no nos deja conocer el goce hasta que pone en nuestros labios la copa del dolor!

Por eso Luis y María contemplábanse silenciosos... En sus ardientes imaginaciones agitábanse los recuerdos de la felicidad que pasó desapercibida... Veían ante sí las noches del estío, la pradera iluminada por la luna; oían el murmullo del arroyo mezclado con el murmullo de los besos, y el cántico de los ruiseñores mezclado con el cántico del amor; recordaban las veladas de invierno, pasadas al calor que despedía un gran montón de rojiza leña, cuyos crujidos confundíanse con los producidos por el huracán que azotaba los árboles, arrancándoles sus últimas

y amarillentas hojas... Pensaban en sus risueños proyectos para el porvenir... Todo, todo desaparecía de repente. Era preciso sacrificarse por algún tiempo, dejar de verse, dejar de oírse... ¡Pobres amantes!

Cuando Luis y María diéronse el último «adiós» ella, señalando con la diestra al cielo, dijo:

—Te juro por esa brillante estrella que más grande que todas las demás se destaca en el espacio, te juro que jamás te olvidaré y que ella será testigo de mi pena como lo es ahora de mi juramento.

—Y él, estrechando con frenesí á la pobre niña, contestó:

—Y yo te juro que será tan eterno mi amor como esa estrella... ¡como esa estrella que jamás desaparecerá del sitio que ocupa!

Después... dos suspiros que formaron uno solo... miradas angustiosas... frases entrecortadas... mucho desconsuelo en el espíritu. ¡Quién no ha experimentado siquiera una vez todos estos síntomas de dolor?

II

Pasaron dos años.

La enamorada niña alimentaba su espíritu con recuerdos y con esperanzas. Pasábase horas y horas contemplando la brillante estrella y haciéndose la ilusión de que veía á su amante. Su exaltación la hacía hablar en voz alta muchas veces... Pero el lucero permanecía silencioso... Tal vez no hablaba por no aumentar la pena de la infeliz María, de la loca, como empezaron á llamarla los rústicos campesinos.

Una noche, la loca fijó la vista, como de costumbre, en el tachonado firmamento; dió de pronto un grito y cayó desvanecida... ¡el lucero no estaba allí!... ¡En el sitio

REFLEXIONES



—Mira, Gutierrez, que es lástima que nos hayan detenido después de
diquelar aquellos monises que nos habían retantísima farta.



—Chico, ante todo la decencia y ya sabes tú que no hice ná mayor-
mente con Endalecia... Tú fartaste á la palabra.

—Bueno, pero es porque se empeñó ella

que antes ocupaba no se veía otra cosa que profunda oscuridad!

A la enfermedad del alma se unió la enfermedad del cuerpo. Aquel delicado organismo fué debilitándose por momentos. La pobre loca no comprendía la vida sin amor, y siempre rechazó indignada la idea de que se pudiese amar mas de una vez. La muerte de la materia era consecuencia lógica de la muerte de sus ilusiones.

Una tarde en que la enferma sentía algo de esa energía que suele ser precursora del último suspiro, llamando á su madre, la hizo sentar á su lado, la dió un cariñoso beso y la preguntó:

—¿Qué es un lucero?

Y la anciana, sorprendida por la pregunta y no pudiendo dar una explicación científica, contestó con tono balbuciente:

—Un lucero, hija de mi corazón, es el alma de un justo á quien Dios concede la eterna bienaventuranza.

—Y cuando desaparece una estrella del cielo ¿qué significa?

La vieja inclinó la frente y permaneció callada porque no se la ocurría respuesta alguna. Entre tanto, María murmuraba con pena:

—Mi madre no tiene razón. Un lucero no es un alma; es un juramento de cariño, y cuando el lucero desaparece es que el juramento se ha roto, que el amor ha terminado...

Pocas horas después, María era un cadáver...

Y aquella misma noche, la madre de María, con la razón trastornada por tan inmensa desventura, gritó clavando sus ojos en el lucero más brillante que había en el firmamento.

—Es el alma... ¡el alma de mi hija!

TOMÁS CAMACHO.

SOLICITUD

A MIS LECTORAS

Yo soy un chico excelente de costumbres patriarcales á quien gustan francamente, las cosas matrimoniales.

Me canso de estar soltero y hallándome convencido de que para ser marido casi basta decir «quiero,»

á vosotras me dirijo sin ambages, sin homilia de modo que cumple al hijo de una intachable familia.

No conviniendo á mi edad esta vida bochornosa, hoy solicito una esposa, con mucha necesidad.

Algún amigo prudente de mil familias discretas me ha dicho sencillamente: —Mira, chico, no te metas

mira que ese es mal camino; sálvate del precipicio; hay que obrar con mucho juicio hay que andar con mucho tino.

—Joven á perdido el seso— me han dicho ya más de tres. —no se meta nunca en eso que le vá á pesar despues.

Desprecio tanta quimera; mi pasión no tiene aguante; me caso, con la primera que se me ponga delante.

Nada, decididamente, de esta semana no pasa; todo aquel que no se casa ni es honrado, ni es decente.

Quien permanece soltero viviendo cual vivo yó, ese ni es un caballero ni Cristo que lo fundó.

Lectora, quien nunca ha amado
te hace promesa formal,
que está de tí enamorado
lo mismo que un animal.

*Aquí á tus plantas me ves
y si vence mi porfía,
te llevo á la Vicaría
como dos y una son tres.*

Ah, si mi extraño dolor
quieres al fin mitigar;
y decides aceptar
el tesoro de mi amor,

te ofrezco á más de mi mano
y mi posición modesta,
una casa, *muy bien puesta*,
en la calle de Trajano.

F. AQUINO CARBERA.

ROSITA DEL CAMPO

TRADUCCIÓN DE GOETHE

Un niño vió una rosita
Una rosita del campo,
Y era tan linda y tan fresca
Que se aproximó admirado
Y estuvo, abierta la boca,
Mirándola largo rato.
¡Rosita, roja rosita,
Rojita rosita del campo!

Le dijo el niño: «cojerte
Quiero, rosita del campo,»
Y contestó la rosita:
«¿Y si el aguijón te clavo?
Pensando en mí estarás siempre,
y de tu mal no haré caso.»
¡Rosita, roja rosita,
Rojita rosita del campo!

Cojió el atrevido niño,
Cojió la rosa del campo:
Gritó la rosa y la espina
Clavó; mas todo fué vano,
Y tuvo que resignarse
A morir ¡ay! en sus labios;

¡Rosita, roja rosita,
Rojita rosita del campo!

TEODORO LLORENTE.

El literato falsificado

ESTAMOS en una época de regeneración social.

Merced á los adelantos de las ciencias y de las artes, cualquier hijo de vecino se levanta un día de buen humor, y se dice: «quiero ser esto, ó lo otro, ó lo de más allá,» y, no hay que darle vueltas, logra por fin todo lo que quiere.

Sólo así puede comprenderse que exista en el mundo tal colección de talentos artificiales y genios averiados, que se creen dueños de la humanidad.

Segunda edición de la pedantesca raza anatematizada por Moratin, pulula hoy una variedad de aquella, nuevecita, flamante, verdadero aborto de la última mitad de este siglo del progreso.

Su nombre es: *el literato falsificado*.

Sirvanos, como muestra de la clase, cualquiera de sus miembros.

Don Epifaneo fué en sus buenos tiempos escribiente de un literato, y ganaba un modesto sueldo poniendo en limpio y con letra muy clarita (que era lo único bueno que don Epifaneo tenía) las cuartillas que su principal mandaba á la imprenta.

Sea que lo bueno se pega con el roce diario, sea que nuestro buen hombre se cansara de copiar lo que otro escribía, el caso es que concí-

REFRÁN



VALE MAS POCO QUE NADA

REFRÁN

FA DE
CORSES

QUIEN MÁS MIRA MENOS VE

bió la idea de dejar de ser escribiente para convertirse en escritor.

En dos meses y pico devoró una biblioteca, aunque sin digerir una página; y para tener siempre la ciencia, el arte, la literatura, la historia, etc., al alcance de su mano, don Epifaneo gastó parte de sus pequeños ahorros en un Larousse, obra obligada de todo sabio y necesaria á muchos que no lo són, pero que pretenden pasar plaza de tales, y merced á la cual, cuando su uso estaba menos generalizado que hoy lograron más de cuatro crearse una reputación de hombres de talento.

Don Epifaneo con su Larousse y la constante lectura, llegó á saber que América fué descubierta por Colón, que el descubrimiento del vapor es posterior al de los cigarreros de la paja, que Adán fué el primer hombre que durmió la siesta, y que San Pedro fué el santo de menos pelo de los contemporáneos de Poncio Pilato.

Averiguó tambien por el mismo sistema, que el aire no ha sido nunca cuerpo sólido, que los mamíferos han habitado en todo tiempo la *costra terrestre* y los peces el *liquido elemento*: que los hombres se acostaban á oscuras cuando aún no se había descubierto el alumbrado artificial, y finalmente, que la especie humana ha nacido siempre lo mismo que hoy sin diferencia notable. De paso aprendió un par de docenas de frases técnicas, como *paleográfico*, *fonográfico*, *frenológico*, *tetradinamia*, *entimema* y *epikerema*, etc., etc., cuya significación ignoraba, y que revueltas con algunas voces latinas, tomadas al azar, repartía viniera ó no á cuento.

Finalmente un día, después de haber repasado *in mentibus* uno de los latinajos favoritos de don Epi-

faneo) todos sus vastos conocimientos, examinándose con toda la prolijidad é *imparcialidad* de que era susceptible, y convencido hasta más no poder de que *sabía mucho* é ignoraba no poco, se decidió á ser el asombro de sus conciudadanos, no dudando de que éstos le venerarian como á una gloria nacional, y de que su nombre figuraría, al nivel, por lo menos de los Cervantes, Shakespeare. Hugo, Molière, etc.

Su primer hijo intelectual se presentó bajo la forma de un poema épico en mil setecientos siete cantos, titulado: *La edad de oro*, en el que haciendo alarde de conocimientos mitológicos, históricos y geográficos, colocó el jardín de las Hespérides entre el estrecho de Behring y el golfo de Omán, desarrollando en él la acción de su poema.

Veíase allí al rubicundo Apolo persiguiendo obstinadamente á Juana de Arco, que se defendía del concupiscente dios, halagando su glotonería con unos cuantos *ticholos* frescos; á Melpómene sacando vasos de agua de la fuente Castalia para refrescar las fauces del Pegaso; á Terpsicore del brazo de Motezuma, extasiada en la contemplación de un plantel de alcahuciles; á Talía cazando mariposas, y á Minerva ensayando el himno de Garibaldi en un Stradivarius.

El poema sale á luz, y aunque sólo cuatro amigos del autor lo leen por haber recibido un ejemplar gratis, durmiendo el resto de la edición en los empolvados estantes de las librerías, don Epifaneo no se desanima, recuerda que la historia de las letras está llena de casos análogos; que los mejores poetas de todas las épocas han muerto de una indigestión de ham-

bre, y sigue impertérrito por la senda que se ha trazado.

Un director de la talla intelectual de don Epifaneo, patrocina la nueva producción de éste, una novela terrorífica del género naturalista, titulado: *La venganza de una momia ó los amores de un cadáver*, la cual es comprada por todos los vendedores de los mercados y algunos ambulantes.

En vista del asombroso éxito de esta primera novela, y siempre bajo la protección del mismo editor, da vida á una segunda de un realismo crudo, que pone los pelos de punta, titulada: *Los amores de treinta y tres vestales; memorias de un romano del bajo imperio*.

Ya no son sólo los *puesteros* los que compran esta obra; su sabor picante, reactivo necesario para el estragado estómago de cierta parte del público, hace que se agoten las tres primeras ediciones, y el nombre de don Epifaneo es citado como el mejor entre los mejores, y él, entusiasmado, animado por unos y por otros, escribe novelas sin cuento, dramas, artículos, poesías... ¡la mar! y siempre de la misma escuela, con títulos provocativos, y el público continúa disputándose aquellos volúmenes, que piden á gritos un cura, un barbero y un ama, para hacer con ellos un auto de fé como el que Cervantes describe en *Don Quijote*.

La Nueva Nana.—Hombres y mujeres ó el pecado original.—El puñal y el veneno, ó castigo de las diez adúlteras.—Los misterios de la nada.—Tres años en el vacío.—El manuscrito de un verdugo, etc., etc.

Y don Epifanio se enriquece con estos disparates, siendo ésta una de las muchas diferencias que existen entre el literato auténtico y el

falsificado; pues así como el primero no llega nunca á ver reunidos en su bolsillo diez pesos (salvo ligeras excepciones), el segundo, creado por la estupidez y basado en ella, es por ella enriquecido.

Hay muchos así en el mundo ¿no es cierto?

ADOLFO POLERÓ ESCAMILLA.

El brillante y el gusano de lux

FÁBULA LITERARIA

Cruzando una selva umbría por la noche, un caminante perdió el hermoso brillante que en su sortija tenía.

Y cuentan que, entre el tomillo, hirió á la piedra preciosa la luz tenue y vaporosa de un humilde gusanillo.

—¡Aparta, vil animal!
(dijo el brillante orgulloso)
y no empañes el hermoso resplandor de mi cristal.
¡Cuan opuesto es nuestro sino!
Yo brillo, como una estrella,
en el seno de una bella;
tú... en el lodo del camino.

—Observe su señorfa
(le contestó el gusanito)
que esa luz... es un reflejo
tan solo de la luz mía.

Dijo el gusano verdad,
que ausentándose ligero
dejó al brillante altanero
sumido en la obscuridad.

Dirán que faltó de vena
hago fábulas, lectores,
pero esta, aunque nada buena,
la dedico... á los autores
que brillan con luz ajena.

RAMIRO BLANCO.



—¿Qué miras?
 —Mi marido!
 —Ese sí, que no lo quisiera ver.



La fiesta nacional.

VENGANZA



—Tres noches, en la semana
me ha dejado sola Eloy...
Pues como me falte hoy,
le voy á faltar mañana.

Máximas, reflexiones y consejos

Si tienes unas botas y están rotas
no te afijas y cómprate otras botas.

Santa Teresa de Jesús.

Hurgarse las narices no es decente;
sobre todo, delante de la gente.

Lord Byron

No trates de buscar mujer ajena,
porque ofendes á Dios; pero no obs-
(tante,
si se te pone á tiro alguna buena
déjate de pamplinas y adelante.

El sentido común.

¿Quién sería el moral
que inventó los relojes de metal?

Un rata.

No pagues á los sastres en tu vida
porque es gente muy poco agradeci-
(da.

Shakspeare.

Nos hablan del honor hombres de
(peso.
¡El honor!... ¿Y qué es eso?

Un político práctico.

Predica como yo la moral sana,
pero haz después lo que te de la ga-
(na.

Muchos.

Aquel que en dulce calma vivir
(quiera
nunca debe salir de su esfera.

Carlos Albarrán (El buñolero.)

Si te chincha el calor en el estío
y estás apuradillo de dinero,
resígnate y espera que haga frío,
que yo también espero.

Mangué.

De cuarenta *humoradas*
lo menos treinta y cinco son bobadas.

El que las inventó.

La familia. El hogar santo y ben-
(dito.

El abrazo amoroso. El dulce beso.
Todo eso es muy bonito,
¡pero qué bien se está sin nada de eso!

Un viudo.

¿Pecadora y después arrepentida?
¡No lo he visto en mi vida!

Una señora bufa.

¿Quién goza en este mundo? ¡Sólo
(aquel
que toma las pastillas Geraudel!

Melchor García (Capellanes, 4.)

J. LÓPEZ SILVA.

ESPERANDO AL NOVIO

¡EAS ocho!... ¿oyes mamá? ¡han
dado las ocho!

— ¡Qué inquietud de muchacha!

— ¡Es que ha estallado en mí una
sublevación de nervios!

— Pues hay que sofocar ese mo-
vimiento... subversivo.

— ¡Las ocho y Pepito no parece!
¡pues qué! ¿ya no consulta para
acudir á mis citas el cronómetro
del amor? cualquiera diría que usa
reloj... de marido, que anda siem-
pre atrasado. ¡Pero esto no queda-
rá así! es necesario que hoy mismo
pidas explicaciones á ese... *caba-
llero*. De lo contrario, obligaré á
papá á que se bata con él... ¿Dónde
está papá?

— En la azotea.

— ¿En la azotea con este huracán?

— En la azotea con huracán y
todo.

— ¿Y qué hace allí?

— Experimentos científicos. Ya
sabes que tiene ambición de gloria
y que quiere legar su nombre á la

posteridad. Al principio se preocupó de la navegación aérea, pero viendo el desgraciado éxito de sus ensayos, ha limitado á más baja esfera sus aspiraciones, aunque sin abandonar su idea de ilustrar el nombre que lleva con un descubrimiento que le haga famoso. Cree que por ahora la dirección de los globos es una utopía y consagra su talento á la solución de otro problema de indiscutible utilidad en días de huracán desecho, en que todo vuela y en que no es posible transitar por las calles.

—Pero en resumidas cuentas, ¿qué busca?

—La dirección de los paraguas.

—Papá está loco.

—¿No dirán lo mismo los transeúntes... de la posteridad!

—Mejor sería que papá pidiese explicaciones á Pepito.

—Los sabios como él no se preocupan de esas fruslerías.

—¿Fruslerías llamas á mis amores? ¿no se casó contigo papá?

—Sí, se casó conmigo, efectivamente; pero entonces todavía no era sabio... ó al menos lo ignoraba, pues no lo supo hasta que se lo dijo un periódico: la sabiduría es célibe; la tontería es la única que frecuenta el templo de Himenéo.

—Mamá, parece imposible que digas estas cosas.

—Hablo por boca de ganso; es decir, por boca de tu padre.

—¿De manera que si Pepito cometiese la traición alevé, la negra infamia de venir... á las ocho y cuarto, quedaría impune y sin castigo? ¡mamá tú no me quieres!

—Pero, hija! ¿quién á pensado en ofenderte?

—¡Pepito! Cuando no está aquí, prueba que no me ama.

—O que se lo ha llevado el huracán... ¡es tan ligero este chico! ¡ahí

tienes! ¡si se hubiese descubierto la dirección de los paraguas!...

—¡Ay de mí! ¡cuán desdichada es mi suerte!

—¡Pues no llora la muy tonta! ¡cálmate, mujer!

—¡Imposible! mi alma se deshace en lágrimas y mis ojos se anegan en esa inundación del sentimiento que acabará por ahogarme! Porque es indudable que Pepito ama á otra de lo contrario, ¿cómo se explicaría esa tardanza sin precedente en los fastos, ya infaustos, de nuestra pasión? Pero yo me vengaré de ese monstruo y seré... del primero que me quiera; á Dios gracias, mis ex novios no han abandonado aún el culto de mi hermosura. Como tenga Pepito el descaro de presentarse ante mis ojos, le pondré de patitas en la calle.

—Vamos, hija, no digas desatinos; por ese camino no llegarás nunca á la vicaría hay que subir la agria cuesta que te separa de ella con la cruz de la resignación en el alma, y una vez en la cumbre... una vez en la cumbre tiempo te queda para clavar en esa cruz á tu marido. ¡Ay, hija mía en los tiempos que corremos los novios vuelan muy alto y no hay perdigonada de suspiros y miradas que les hiera y derribe á nuestras plantas; es necesario recurrir al lazo del engaño para atraerles: nada de inventivas en los labios, nada de relámpagos de ira en los ojos. Sea tu corazón blanda cera á sus caprichos y no dura roca en el mar de su vida porque temerá estrellarse en ella en cuanto sople viento de tempestad. ¿Qué comete algún pecadillo venial? haz la vista gorda. ¿Qué falta algún día sin motivo justificado á la visita oficial? no le pidas explicaciones de ningún género y ponle buena cara: la docilidad es

QUISICOSA



A este por sabio
dejóle Remedios,



y á éste por soso
con visos de necio,



y á éste por guapo,



y á éste por feo.

MALOS PENSAMIENTOS



—¡Ay, Conchita Conchita,
si pudiera cojerte aquí,
una tardecita!

lo que más enamora á los hombres en la mujer y lo que conviene es que formen en nuestro carácter una idea que les haga mirar sin espanto el matrimonio y crean candorosamente que han puesto su cariño en corazones de paloma. No enseñes á tu novio los grilletes antes de entrar en la cárcel, y no agites en las manos las cadenas que han de sujetarle á tu albedrío: sean tus amores y tus sonrisas las flores que oculten esos hierros, cuya vista acobarda al más valiente y apasionado: que vea en tus ojos resplandores de sol, no reflejos de acero, pues la mirada de una novia debe brillar como la luz de los cielos, no como espada desnuda... Créeme, hija mía, á los hombres no hay que enseñarles los dientes antes de tiempo, sino cuando no tienen escapatoria.

—Y después, ¿quién le domestica?

—Una vez en tu poder, harás de él lo que quieras en el yunque del amor y bajo el martillo de tu voluntad, pero eso sí, ¡en caliente! porque si dejas que se entibie su entusiasmo, machacarás en hierro frío. En los primeros tiempos del matrimonio es cuando toda mujer puede *forjarse* un marido á medida de su gusto.

—No obstante, ¿y si más tarde se rebela contra mi autoridad de esposa?

—Declaras su corazón en estado de sitio y no resistirá á un asedio... por hambre. Desengáñate cuando un hombre tropieza con un carácter firme y decidido, no tiene más remedio que capitular y rendirse á discreción. Primero, rienda suelta para que trote á su antojo por los campos de su capricho, pero después se refrena poco á poco su marcha y se le conduce adonde una

quiere, aunque relinche de furor al sentir la espuela de nuestra voluntad.

—¿Y si se desboca?

—¡Deja que se desboque! ya verás como se cansa y vuelve mustio y docil á tu lado. Lo que conviene es no asustarle ahora con exigencias intempestivas, ni tratarle como se trata... á un marido. ¡Ay, hija mía! tú no sabes lo que me costó á mí pescar uno; años y años me pasé echando el anzuelo, hasta que se lo tragó el atún de tu padre. ¡Y eso que veinte años atrás no estaban los tales peces tan *escamados* como ahora!

—¡Bah! ¿crees que es tan difícil pescar marido?

—¡No lo sabes bien, hija mía! Por eso me estremece la idea de que Pepito rompa las redes de la seducción donde le tienes preso, porque si se escabulle... ¿cuándo caerá otro?

—Con todo yo creo que papá debe pedir una explicación á mi novio.

—Ya sabes que no hay que contar con tu padre para nada, hasta que no pase el huracán.

—¡Pues me gusta la calma!

—Los sabios son así: cuando creen estar á punto de resolver un problema científico, por nada de este mundo abandonan sus experimentos á sus cálculos, aunque el cielo se desplome sobre sus cabezas ó aunque el suelo se hunda bajo sus plantas. Cuando el cura al pié del altar, preguntó á tu padre si me quería por esposa, ¿sabes que contestó? *jeureka!* y soltando mi mano, salió corriendo de la iglesia en medio de la estupefacción general; todos creían que se había vuelto loco. Recuerdo que mi pobre madre se arrojó en mis brazos llorando á gritos y diciendo:

—¿Quién será esa *Eureka*?—¡Alguna perdida! observó mi padre, retorciéndose el bigote con furor y paseando en torno suyo una mirada imponente.—Es necesario aclarar ahora mismo este misterio, agregó la primera, dirigiéndose á su esposo; anda en busca de esa infame, y si le encuentras con la *otra*... no desmientas la altivez de tu raza: ya sabes que descienes de los Doce Pares de Francia. Mi padre, que ardía en deseos vivísimos de vengar la afrenta recibida, se fué en derecha á casa de su presunto yerno, al cual pidió explicaciones sobre la escandalosa escena ocurrida...

—Y papá ¿qué contestó?

—Que acababa de resolver el problema de la navegación aérea y que estaba decidido á no volver á la iglesia sino en globo. Desgraciadamente fallaron sus cálculos, como de costumbre, y sospechando mis padres que si yo tenía que ir por los aires á casarme, corría gravísimo riesgo de quedarme soltera toda la vida, le obligaron con buenas razones á cumplir su palabra.—Si no podemos ir todavía en globo á la iglesia, decía mi pobre madre con mucha sensatez, ¿qué importa? iremos en carruaje: afortunadamente, hace ya mucho tiempo que se ha descubierto la dirección de los coches.

—¿Oyes?... ¡llaman!

Será Pepito.

—El es!... únicamente él llama de este modo... ¡Infame! no sé si podré contenerme.

—¡No hagas disparates, mujer!

—¡Quién sabe de donde viene!

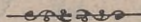
—Lo que importa es saber adónde va, y creo que se dirige á la *vi*caria.

—¿Y he de ahogar en el corazón la ira que pugna por saltar en ra-

yos á los ojos y en apóstrofes á los labios?

—Esas escenas, hija mía, se dejan para más tarde: si el novio sabe lo que espera al marido... lo más probable es que el marido no venga.

CASIMIRO PRIETO.



EL TREN-MUJER

Yo entre el bullicioso afán
De esta vida de vaivenes
Miro en las mujeres trenes
Que cruzan, vienen y van.
Si frente á frente me hallo
De un revoltoso pimpollo,
Que aquí dá la mano á un pollo,
Mas allá saluda á un gallo,
Y va anunciando de galo,
Por si acaso hay quien se atreva:
«Se admiten novios á prueba»
Digo al punto *tren de escala*.

Si atisbo á obesa mamá
Con cuatro niñas delante
Que cada cual con su amante
De amor discutiendo vá,
Y detrás lleva dos crias,
Y al lado un chiquillo hambriento
Exclamo: «Gran cargamento,
Paso al *tren de mercancías*.

Cuando en coche llego á ver,
Sin que peque de indiscreto,
En amistoso terceto
Marido, primo y mujer;
que á él le gusta por lo visto
Tener la costilla á escote,
Digo para mi capote
«Pues señor, ahí va un *tren misto*»

Si hay cartitas de criada
ya está en marcha el *tren correo*;
Y abunda el *tren de recreo*
De gente descarrilada.

En punto á amorosas citas
Sobran trenes de parejas,
Tren descendente de viejas
Y *ascendente* de pollitas,

MISCELANEA



—Mira esposa, en cuanto que vea otra vez algún pelo rubio en la sopa, sabrá el cabo de trompetas quien es Juan. ¿Lo entiendes?



Este boulevard
no tiene á ninguno
nada que *enviard*.

CITA



—¡Ahora que no me ve mi marido!

Y son trenes de *primera*
Novias en que el oro abunda,
Las medianas de *segunda*
Las tronadas de *tercera*.

Y en este vaiven eterno,
Descarrilando del bien,
La mujer es siempre el tren
Que nos conduce al infierno.

RAFAEL GARCÍA SANTISTEBAN.



MELONADAS

Sé que has dicho, Encarnación,
delante de diez amigos
que soy el *primer* melón,
dicho sea con perdón
(con perdón de los testigos.)

Esa afirmación en tí
me causa dolor profundo,
por lo que dices de mí;
puesto que, de ser así,
soy un melón sin *segundo*.

Y eso es falso, porque ha habido
otros dos á lo que infero;
pues yo sé que has añadido
que, al ser un melón, lo he sido
con perjuicio de *tercero*.

Al oír tus afirmaciones,
con horror de tí me aparto:
que en todas tus relaciones
tendrás dos ó tres melones,
¡pero no tienes un *cuarto*!

Yo, á juicio del *melonero*,
soy escamón por instinto;
sin embargo, considero
que, aun siendo el melón *primero*,
me he portado como un *quinto*.

«Ama con mil precauciones»
nos dice un sagrado texto,
Con que, si en tus relaciones
llega á haber cinco melones,
¡ten mucho ojo con el *sexto*!

CARLOS MIRANDA.



NO ME ATREVO

Enriqueta mi vecina
es una mujer divina;
y tiene unos labios rojos
y un cabello, y unos ojos,
y una gracia, que fascina.
Al mirarla me conmuevo,
por ella los vientos bebo,
y mi amor le contaría,
mas quiere que hable á su tía,
y esto es grave y; no me atrevo!

Consuelo no tiene tacha,
y es alegre y vivaracha,
y tiene un garbo y un pié...
en fin, que es una muchacha
de lo poco que se ve.

La quiero á más y mejor,
y entre sus lazos de amor
de gozo mi alma se alegra,
mas por no verme con suegra
no me atrevo ¡no señor!

Matilde, con rostro humilde,
temiendo que alguien la tilde,
desde su reja me mira,
y es una cosa que admira
lo que me gusta Matilde.

Dichoso pudiera ser
si me llegara á querer,
pues su amor en mucho estimo,
pero, al verla con su primo,
no me atrevo ¡qué he de hacer!

Ramona, que es la más mona
muchacha de Barcelona,
me tiene preso en sus redes.
y en secreto diré á ustedes
que me muero por Ramona.

De mi dicha es ella el faro,
mas como su hermana Amparo
muestra de cuñada el cetro,
en vez de entrar por el aro,
digo á mi amor. ¡*Vade retro*!

Rosa, la hechicera Rosa,
es una chica preciosa
que en adorarla me aferro
y tiene un perro ¡qué perro!
vamos, que es una gran cosa.

Ya con ella coqueteo,
y de gozo me mareo
al mirarla tan esbelta,
mascando el perro me suelta
le digo á Rosa ¡te veo!

En fin, la contraria suerte
graba en mi su mano fuerte
de una manera tan dura,
que torna mi vida en muerte
y mi gozo en desventura.

Y, en mi amorosa porfía,
á perpetua soltería
me condenan sin delito
la suegra, el perro, la tía,
la cuñada y el primito.

CARLOS CANO.

Alfilerazos

Por haberse roto la piedra litográfica damos el presente número con un día de retraso.

Con el objeto de arreglar la marcha de nuestra administración y poder servir multitud de pedidos que se nos han hecho, no publicaremos número el próximo domingo.

En lo sucesivo continuaremos publicándolo sin interrupción.

—*—*—*—
Nuestro querido amigo, literato distinguido y doctor en medicina don Pedro Juan Ruiz Miquel nos lo han mandado á Ceuta...

No en calidad de matapersonas ordinario, sino en el de matapersonas científico, como que lo han nombrado director de Sanidad en aquellos pintorescos lugares.

Sentimos la separación y le felicitamos al mismo tiempo por la justa deferencia de que ha sido objeto.

—*—*—*—
Con destino á un teatro de esta capital, dos autores conocidos, están terminando un melodrama en dos actos titulado *Gerona*.

—*—*—*—
Un médico de Viena, ha hecho un maravilloso descubrimiento.

Este invento consiste en un fluido que en el momento de la explo-

sión del proyectil que lo contiene, se desprende en forma de gas cuyas emanaciones causan un profundo sueño á todos los seres vivos. Por este procedimiento podrá hacerse dormir durante dos ó tres horas á regimientos enteros y aprovecharse de esta circunstancia para desarmarlos y reducirlos á prisión sin estropear el cutis á los individuos que los componen.

¡Qué ojo abrirán los amantes melones!

—*—*—*—
El Gobernador de Almería tiene en estudio la destitución de setenta y nueve Ayuntamientos con el fin recto de obrar libremente en las próximas elecciones.

Y después dirán que no son liberales los conservadores.

Al freir será el reir.

—*—*—*—
El señor Sagasta en uso de su derecho y en el banquete que se celebró en Bilbao, en su honor, brindó por las damas bilbainas á secas

Y que no es atrevido el chico.

A si se japtan las simpatías de las damiselas.

¡Picarones! Si esto lo brindase Cánovas, tendría un pase y hasta dos si Vds. quieren.

¡Pero Sagasta! Sagasta no está ya para mujerieo.

—*—*—*—
Ahora resulta que el señor Castelar nos lleva engañados.

Se retira de la vida política y está dispuesto á contraer matrimonio con Mme. Ratazzi.

Buen provecho que le haga Mme. Ratazzi contraerá con este motivo nupcias por cuarta vez.

Al señor Castelar que es hombre

DE TODO UN POCO



—Dime: ¿sabes tu si tiene
ahora novio *la Pelos*?

—¡Qué si tiene! cada noche
tres ó cuatro por lo menos.



—Si le digo al cura
lo del otro día,
va á decir que tengo
mucho picardía.



—¡Decidme á mí, que no
tengo virilidad! ¡A mí, que sé
lo he demostrado tantas veces!

ESCENAS ÍNTIMAS



—Estate quieto Edgardito, pues si eso haces ahora, que te quedará para cuando nos casemos?

práctico, le gustan las mujeres prácticas.



Hace tres ó cuatro años se ausentó de Málaga, figurando en el número de los primeros emigrantes, un individuo, de oficio zapatero, conocido por el apodo de *Zaragata*.

De carácter alegre y festivo, gozaba de generales simpatías, y su ausencia fué muy sentida por sus numerosos amigos.

Así es que al regresar entre los emigrantes que llegaron á Málaga ayer, su presencia causó una explosión de entusiasmo en la casa donde antes vivía.

—Ya está aquí *Zaragata*, decían todos á una.

—Pero ¿qué es esto *Zaragata*? ¿Por qué regresas?

—La política, hijo mío, la política me trae.

Estando Cánovas en el poder, *Zaragata* no podía faltar de España.



Heroísmo lusitano. El encargado de hacer la entrega del correo en la frontera portuguesa, exige al empleado español que ha de recogerla, que se separe convenientemente; avanza, no sin precauciones, hasta la línea divisoria, y deposita en el suelo la correspondencia, colocando encima una piedra. Retírase después, y cuando ya se cree libre del contagio, por haber salvado una regular distancia, entonces permite que el empleado español la recoja. No paran aquí las precauciones, porque después, por si acaso, se fuma convenientemente al valeroso portugués que ha corrido tan grave riesgo. Dícese que el Gobierno

portugués piensa conceder una condecoración al súbdito *luso* que tal acto de heroísmo lleva á cabo.

CORRESPONDENCIA

Calavera.—Toledo.—Pero que mal vesifica usted.

Cáscaras.—Madrid.—No sirve.

J. P. A.—Idem.—Eso de «cabeza de melón» lo dirá por usted.

Benito.—Idem.—¿Qué versos haces Benito.

R. S.—Guadalajara.—Canastos y cólera, creo que en la vida han sido consonantes, es decir si usted no se empeña.

Rataflautas.—Gijón.—También en Gijón dedican odas á Peral. No creí que estuvieran en eso tan atrasados de noticias.

Diego Corriente.—Madrid.—Por más que se empeñe no puedo admitir majaderías invéciles.

Cánovas.—San Sebastián.—¿Se llama Vd. Cánovas?—Pues no queremos ni el olor de sus poesías. de seguro serán malas.

Un admirador de LA COMEDIA HUMANA.—Cádiz.—Mo sea Vd. guason. A pesar del incienso que nos dedica, su articulo no lo podemos tragar ni á tres tirones.

El Dante.—Ferrol.—Vamos que no sirve.

M. M.—Barcelona.—Esta poesia devió robársela á Vd. al señor don Felix Pizcueta, hace unos diez años. ¿Verdad?

C. V.—Barcelona.—Vd. hará algo. Por lo pronto dedíquese Vd. á otra cosa que no sea escribir.

Genarito.—Idem.—Siento no poder complacerle.

J. I. M.—Idem.—El número primero está completamente agotado y no puedo ofrecérselo á ningún precio.

Quedan varias cartas para contestar.

Pujol y Solé, impresores, Tallers, 45

INDIVIDUOS

que deben á esta Administración y que no se les puede arrancar un céntimo ni á tres tirones.

Severino Baldes, de Gijón.	debe	73'30	pesetas.
Sra. Vda. é hijos de R. Aras, de Cadiz.	»	28'50	»
Francisco Pons Sabater, de Lérida.	»	13'90	»
Francisco R. de Arellano, de San Fernando.	»	11' »	»
Antonio B. Palma, de Zafra.	»	16'05	»
Lorenzo Alonso, de Lérida.	»	35' »	»
Manuel Mendez Rendón, de Cadiz.	»	57'50	»
Miguel Escobedo, de Novelda.	»	66'60	»
Adolfo Fó, de Alicante.	»	199'50	»

TOTAL. 501'35 »

Estos individuos los dejaremos á la vergüenza pública hasta que no abonen lo que nos deben.

Continuaremos la lista en el número próximo.

RENTA MENSUAL DE 3 Y 4 POR 100



Se obtiene efectuando operaciones de préstamo con intervención del **Crédito Ibérico**, la que admite cantidades desde 250 pesetas en adelante al **3 y 4 por 100 mensual**. Admite también como capital para realizar préstamos, **acciones y obligaciones**, produciendo un interés de **3 por 100 mensual** sobre la totalidad del valor corriente en Bolsa y por el tiempo que convenga á los interesados.

i

83, Bruch 85--Teléfono 748

De nueve á dos, y los días festivos de nueve á doce

SE REMITEN ESTATUTOS

Y PROSPECTOS

Á QUIEN LOS SOLICITE

MEDITANDO



—¡Mi Manuel con otra!... No me apuro, hoy el agua está muy fría y ellos estarán bien frescos.

LA COMEDIA HUMANA

Revista festiva, literaria, política é ilustrada

CONTIENE

ARTÍCULOS, POESÍAS, CRÍTICAS Y CHISTES
de nuestros principales literatos

Caricaturas y Retratos

de nuestros primeros dibujantes

Precios de suscripción

Provincias: — Por series de 10 números. 1'25 pesetas

Agente exclusivo en Madrid para la venta de LA COMEDIA HUMANA

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad, plaza de Santo Domingo.

Administración: — San Pablo, 66, 2.º — BARCELONA

